

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

APYC  
S.S.

~~29 febrero 1979~~  
10/ nov/ 78

CUENTAS VIEJAS  
monólogo en dos actos  
de  
Getsy Córdova

1010975

mdvrs  
cz

febrero 23, 1979

dedicado a  
Elsa Román

Copyright Jan. 1980  
Washington, D. C.



# CUENTAS VIEJAS

Monólogo en dos actos

de

Getsy Córdova

## PERSONAJES

(En orden de aparición)

ANTONIA.....	Viuda de DIONISIO
DIONISIO.....	Difunto hijo de AUGUSTA
HOMBRE I.....	Asesino de DIONISIO
HOMBRE II.....	Cómplice de HOMBRE I
TITO.....	Difunto hijo de DIONISIO y ANTONIA
HOMBRE III.....	Asesino de TITO
HOMBRE IV.....	Cómplice de HOMBRE III
AUGUSTA.....	Suegra de ANTONIA
ANIBAL.....	Amigo de DIONISIO

Lugar y Tiempo: Ponce, Puerto Rico en y antes de los cuarentas.

## PRIMER ACTO

Antes de subir el telón se oye el canto de un gallo. También el coquí que se oirá hasta el final de la obra. Al subir el telón, levantada en una plataforma, vemos la salita de una casucha en ruinas de un arrabal en Ponce, La Hoya del Castillo. A la derecha de la casucha, a más bajo nivel hay una plataforma circular con un banco rústico de madera. A extrema izquierda hay una letrina. De afuera izquierda, un árbol seco de naranja casi cae sobre la letrina. Pequeños escalones de madera conducen a la casucha. Por aquí y por allá se ven partes del resto del arrabal. Detrás de todo hay un ciclorama azul celeste. En la sala de la casucha, pared derecha, están la puerta de entrada cerrada con tranca, una tablilla y una ventana cerrada. En la pared izquierda hay otra tablilla y abajo, una puerta de tela de saco que conduce a la habitación no visible de AUGUSTA. Recostada de la pared derecha hay una silla vieja, plegadiza, de madera. En el centro-derecha hay una mesa. Arriba-centro-izquierda, en el piso, hay una colchoneta cubierta por sábanas sucias en desorden. De un clavo en la pared izquierda cuelga un harapo negro y otro clavo sostiene un carrito de hilo negro con una aguja enhebrada. Las tablillas están cubiertas por tapetes descoloridos y en la de la derecha hay una caja de fósforos y una lata mohosa. En la de la izquierda, que está en ángulo con la pared



posterior hay una vela frente a un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús. En la mesa hay unas tijeras. Miseria. Abandono.

En la sala, abajo-izquierda, está ANTONIA de quizá cincuenta años. Es esquelética y viste zapatos y largos harapos negros. Una venda blanca, sucia le aprieta la frente. El descuido de su persona no va a la par con su lenguaje correcto. Lleva un quinqué encendido y está haciendo hacia un lado la cortina de saco para mirar dentro del cuarto. Su voz suena cansada.

ANTONIA

Ya, ya. Cállese, Doña Augusta y espérese un poquito en lo que voy por más té y leña.

(Haciendo un gesto de que-se-crea-usted-que-voy-a-buscarle-más-té. Gritando.)

Cállese, cállese.

(Cruzando a la mesa a descansar el quinqué.)

Ni gritándole oye. Contrayá vieja sorda. Pero a pesar de todo la pobre se agarra de la vida como mejor puede. Como si fuera tan negra la muerte. ¡Bien negra que debe ser para ella! ¡Luche, Vieja, luche! Que le de tiempo para arreglar sus cosas con Dios... Y mejor se apura...

(Se oye sonar una campanilla en el cuarto de AUGUSTA. Cruzando con impaciencia hasta la cortina, mirando dentro y regañando.)

Si así, así, Doña Augusta. No se menee tanto. Por el amor de Dios, tranquilícese y no se levante más de esa cama.

(Suavizando el tono.)

Es que me duele la garganta de tanto gritarle. Cuando eso le vuelva, póngase la pildorita bajo la lengua como le dijo el practicante y toque la campanilla. Y tómese ese té poco a poco para que le dure que ya casi no le quedan hojas al palo. No se preocupe tanto, Doña Augusta que no le va a pasar nada.

(En voz baja.)

¡Qué le va a pasar, si la yerba mala...! Y, Doña Augusta, va a venir Carmencita a quedarse con usted en lo que Guada y yo vamos a la misa de aguinaldo a La Catedral. A lo mejor le traigo al Padre Carlos por si quiere confesarse o algo.

(Haciendo un gesto de no-se-va-a-confesar-nada-ésta-a-quién-va-a-engañar.)



Esa misa es cortita. Perdóneme ahora que voy por más hojas.

(Tirando la cortina de saco.)

Me tendré que trepar al bendito palo, si los vecinos se las han llevado casi todas. ¡Se me explota la cabeza! ¡Me estoy volviendo loca!

(Cruzando a abrir la ventana.)

Me imagino que estas futriacas no me habrán dejado plantada otra vez. Esa misa que se llena. A lo mejor ni se han levantado con este friito de navidades. Yo ya ni lo siento que esta bendita vieja sorda me tiene el alma adormecida. ¡Guada!

(Más alto al no haber respuesta.)

¡Guada!

(Más alto todavía.)

¡Carmencita!

(Vecinos y animales protestan. Cruzando a la mesa.)

Me lo imaginaba. Abrieron el portón sin hacer ruido. Bueno, ¡pero qué embustera es la gente!

(Se oye el sonido de ollas que caen. Cruzando hasta la cortina de saco. Regañando.)

¡Deje esas ollas quietas que ahí no hay nada de comer y acuéstese y no chave más, Doña Augusta que yo no me puedo pasar todo el santo día detrás de usted! La verdad que usted... ¡Bueno!

(Cruzando a la mesa.)

Ya está terminando con mi paciencia. ¡Ay Dios! Las ganas que me dan de salir corriendo sin parar por esa maldita calle Sol y desaparecer para siempre y no volver a pisar esta cárcel jamás.

(Cruzando a descansar el quínqué en la tablilla de la derecha.)

Aguinaldos o no aguinaldos yo no me puedo quedar sin misa, <sup>hay domin</sup>

(Volviendo a la ventana.)

¡Guada!

(Vecinos y animales protestan.)

¡Déjenme quieta que yo estoy en mi casa, contra! Manden



a callar a sus madres!

(Volviendo a la mesa.)

¿Qué me voy a hacer yo ahora? ¡Qué pocavergüenza me han hecho! Después que me lo prometieron. No, si le dicen una cosa a una y después, mira. Y yo que nunca salgo ni al Sagrado por esa vieja exigente que me impide cumplir con Dios trayendo el diablo a esta casa donde reinaba Jesús. ¿Y si fue Blackie el que dejó el portón abierto?

(Cruzando a la ventana.)

¡Ay, que se fastidie! ¡Guada, se nos va a hacer tarde! ¡Carmencita! ¡Levántense, vagas!

(El vecindario protesta.)

¡Váyanse a la porra! Ni una luz ni nada. No hay duda. Se fueron. ¡Ay Dios!

(Mirando al cielo.)

Ni las cinco siquiera. Y la condená ronchona vieja esa me trae en un trajín desde que anocheció. Pero ahora cuando me acueste puede tumbar la casa y hasta morirse que no le voy a hacer caso.

(Cruzando a la colchoneta.)

Debiera tirarme en esa colchoneta y olvidarme de esa misa. ¡Dios mío, qué abandonado te tengo! Yo que era católica práctica y que medio sacristana fui en el Colegio de las Madres y ya casi no voy a misa.

(Cruzando al cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y luego mirando al cielo.)

Pero más abandonada me tienes Tú a mí. Esta artritis. Y esa maldita vieja que no acaba de morirse. Perdóname. Yo no le deseo la muerte a nadie.

(Cogiendo aguja e hilo del clavo en la pared y cruzando a la mesa por las tijeras para cortar el hilo.)

Mirar a esa vieja y ver a Dionisio es la misma cosa. ¡Qué hijo para parecerse más a su madre! Hasta en lo sinvergüenza. Ya hubiera querido yo que mi hijo Tito se hubiera parecido más a mí que a Dionisio, pero salió a ella. A esa vieja endemoniada que le permitió ~~todos~~ todos los placeres con tal de verme sufriendo. Y yo callada, soportando, tragando, aguantando por no darles el gusto. Y como se reía la sinentrañas esa cuando su hijo bajo el pitrinche me caía



a golpes sin que me defendiera nadie.

(Cruzando por la silla.)

¡Qué boba yo fui! ¡Qué zángana! ¡Qué estúpida! De-  
bí haberme defendido y no lo hice. Por cobardía. O  
quizá por cristianismo. Y por eso es que en vez de  
darle veneno le doy té, y en vez de embarrarle la ca-  
ra con sus desperdicios, la atiendo y le doy sus medi-  
cinas. Ella fue la que contribuyó a que Dionisio se  
fuera con esa gente barata, puteando hasta las tantas  
y perdiendo un trabajo tras otro, y si había qué comer,  
bien, y si no lo había pues a cogerle fiado a Don An-  
selmo, y si Don Anselmo ponía mala cara, a esmandarse  
una donde Don Rafa en San Antón, un barrio que yo o-  
diaba a muerte, y a pasar vergüenza tras vergüenza que  
la que tenía que dar la cara era yo..

(Cruzando con la silla hasta el lado izquierdo  
de la mesa, abriéndola y tirándola con furia.)

¡Siempre yo! Por ellos, que yo con tantas amarguras  
me las pasaba en blanco. Pero la vieja bruja esa se  
lo llevaba a San Antón a curarlo de sus borracheras  
y a hacerle cucas-monas con la prieta Lisa aquella  
que siempre le estaba meneando el rabo y mandándole  
notitas firmadas con lapiz de labios como si yo fue-  
ra ciega. Y el corre-corre con cuanta puta sifiliti-  
ca que había en Ponce y la cara de fantoche vieja e-  
sa detrás como secretaria de fechorías.

(Tomando las tijeras y cruzando a la cortina.)

Y el asco que me da no me hace tumbar la condená cor-  
tina esa para abrirle ese vientre de mala-madre que  
tiene a ver que animales ponzoñosos salen de ahí den-  
tro. Pero no, me aguanto, y le pido perdón a Dios y  
le doy sobos de alcanfor y sebo blando.

(Cruzando a la mesa a descansar las tijeras.)

Dios mío, haz que esta bendita venda me estrangule es-  
tos pensamientos.

(Cruzando por el harapo que cuelga de un cla-  
vo. Sube una luz azul en la plataforma que  
alumbra el banco donde DIONISIO toca guitarra.  
Es delgado, de mediana estatura, atractivo y  
usa un sombrero de paja y ropa ancha.)

¡Si le hubiera hecho caso a mi madre!

(Cruzando abajo-centro examinando el harapo.)

Pero, no. Abandoné el Colegio de las Madres y me pu-  
se a seguir al hombre que me engatusó con palabras



lindas y canciones viejas. ¡Qué bien las cantaba Dionisio con su guitarra rota! ¡Qué bien!

(Cantando)

Como gaviota que al atardecer,  
cansada y triste de tanto volar,  
sin esperanzas, sin amor, sin fe,  
por compañera de la soledad.  
Eso mismo es lo que soy ahora compañera de la soledad.

(Desaparece DIONISIO.)

Enfermera de la madrina de Satanás.

(Descansando el harapo en el respaldar.)

¡Ay Dios, cómo las arrugas se ahondan en mi cara. ¡Qué vieja me estoy poniendo! Por eso rompí los espejos. Una cara que era orgullo de los González de un tiempo.

(Como una niña.)

"¡La señorita Antonia, la señorita Antonia! Que baje, Doña Mercedes, la señorita Antonia a jugar con nosotras."  
"Baja, Toñita a jugar con tus amiguitas de sociedad."  
Y allá iba yo, alegre, rosadita y vigorosa. La señorita Antonia.

(Cantando. Se oyen gritos alegres de niñas.)

Allá viene el gato y el ratón  
a darle combate al tiburón.

Tiburones. ¡Qué pronto me rodearon! Y cayeron uno a uno.

(Cruzando a la cortina.)

¡Menos esa! La más tiburona de todos.. La que sembró en mi alma rencor y odio, tristeza y soledad. Esa arpía, esa hechicera, esa aniquiladora de familia, esa destructora del amor. Y tengo, Dios mío, unas ganas inmensas de gritar por una hora sin parar. pero no quiero armar un escándalo y empujar más para el otro lado a esa vieja horripilante que es culpable de todo. Eso sí que le gustaría a Guada y a la gaga esa Haydée y a la picúa esa de Carmencita.

(Imitando a sus vecinas.)

"¿Supiste del escándalo de Toña, Haydée?" "No, Gua... Gua...da. Cuen... cuen... cuéntame." "Pues, mija, se puso con una de griterías y pataleos y arañazos y palabrotas que me convencieron de que se estaba volviendo loca porque Toña será rara y medio abandoná,



pero no dice malas palabras."

(Riendo.)

¡Y que loca yo! ¡Locas sus madres!

(Sentándose a remendar.)

Me acusarán de rara, me tildarán de abandonada, pero yo tengo mis razones y no le pienso dar explicaciones a nadie. Pero no voy a gritar que no quiero que se presenten aquí ni con palabras alentadoras, ni sonrisitas, ni flores. ¡Qué flores ni que flores! ¿Para qué quiero flores yo ahora?

(Abandonando la costura y levantándose poco a poco. Transportada.)

Si las llevé en mi pelo fue en otro tiempo. Cuando me engalanaba y vestía con sombreros elegantes y guantes blancos finísimos y con aquellos trajes largos importados de Italia, de un tul exquisito y estaba fresca y olorosa con los mejores perfumes de París y deslumbrante con aquellos zapatos negros de charol de las mejores hormas de Buenos Aires.

(Cruzando abajo-centro.)

Y salía a dar vueltas en coche por la plaza y acompañaba a mis amigas de sociedad al Fox Delicias y al Teatro La Perla. Y tenía pretendientes riquísimos de San Juan que vestían de etiqueta.

(Se oye la música de un minuet.)

Y los pasadías en yate a Caja de Muertos y los caballeros de frac que me llevaban al Deportivo a bailar el minué.

(Haciendo reverencias y bailando mal el minuet, recuerdo de alguna película. Tarareando. Abanicándose con un abanico imaginario.)

No, gracias, caballero, tengo este baile con el galán aquel que firmó mi carnet..

(Entra y crece la música de la guitarra rota mientras desaparece el minuet. Agitación de parte de Antonia. Luego desaparece la música de la guitarra.)

Mi minué. Mi traje largo de brillantes y mi precioso collar de perlas relucientes de Ceylón que me dejó mi madre y mi delicado abanico español de seda y nácar que me trajo Tío Alberto de Madrid.

(Absorta. Pausa.)



Pero no fue un galán el que al fin me llevó

(Aparece DIONISIO en la plataforma con los brazos extendidos hacia ANTONIA. Viste corbata y chaquetón fuera de moda.)

a un hotel sucio, oscuro y apestoso de la calle Mayor. Yo cerraba los ojos y pretendía no percibir el olor a sudor viejo en la almohada, y cerraba los puños para no sentir el sucio en relieve de las sábanas y me tapaba los oídos para no escuchar el chirrido de aquel colchón incómodo.

(Volviéndose hacia AUGUSTA.)

¡Fue en un hotel, coño, que no fue debajo de ningún puente! Era una escalera larga y oscura y el hotelero aquel me miró sin verme y le dije, "firme aquí" y le tiró una llave mohosa con una tohalla flaca, rota y desteñida y un jaboncito color rosa usado ya, y sin levantar la mirada de una novela galante que leía, y con la boca llena de goma de mascar, le dije, "el segundo a la izquierda. El baño está al final. Palanganas no hay ahora, a lo mejor después. Después de dos horas tiene que pagar dos pesos más. Se le devolverán cincuenta chavos cuando traiga la llave." Yo quería salir corriendo. Dionisio le dije, "gracias. Por favor, avísame a las dos horas." El crujir de aquellas tablas de aquel polvoriento pasillo llenó mis pesadillas por mucho tiempo. Y entré al cuarto porque quise creer en mi amor y me desnudé por primera vez ante un hombre porque quise creer en su amor. Adiós, mi ilusión, el traje blanco de novia pura por el pasillo de la Catedral. Adiós, sueño de oro, los baños de Coamo en una romántica luna de miel. Adiós, castillo encantado en el Vigía de mi corazón. Y hola tú, Angustia. ¿Qué tal, Desesperación? Entra en mi casa, Rencor. La pobreza de los arrabales. La gentuza. La cabeza llena de odio y el estómago vacío de alimentos. Mi ropa fina muriéndose... Y cuando se murieron también los zapatos negros de charol, caminé con chancletas que no sé donde encontró pues estaban húmedas por el uso. Y anduve descalza un tiempo. Harapo tras harapo. Harapos sin color. Y después, ¡qué más da!, me confundí con las cabras y los cerdos de aquellos arrabales. Yo que soñaba con castillos vine a tener aquí, a la casa que él había construido con su amigo Aníbal y que todo ese tiempo había estado preparándose para traerme a mí. Una casa sin presencia, sin ladrillos ni lozetas que desde un principio desprecié y la empollona vieja esa se creía que yo me quería quedar con ella. Y la cogí de escondite. Mi cárcel. Mi prisión. Mi convento diseñado para la gran expiación.

(Desaparece DIONISIO.)



Y no me atreví salir más al sol sin taparme la cara.  
Siempre aquí, pasando hambres, que yo prefiero, contra,

(Haciendo una cruz con los dedos y besándola.)

por lo más santo, que se me caigan estas cuatro paredes encima, vomitar pedazos verdes de estómago, que irle a pedir un trago de café

(Cruzando a la mesa.)

ni a la ñe-ñe-ñé esa de Guada ni a la gaga Haydée ni a nadie, que eso me enseñó mi padre que en gloria esté. La frente alta. Digna. Pero humillarse a nadie.

(Dando un fuerte puñetazo en la mesa.)

¡A NADIE!

(Cruzando a latablilla derecha por la lata con té frío. Probándolo. Haciendo gesto de desagrado.)

Y yo sé que quieren que me humille. Yo sé que quieren que me arrastre. Yo sé que quieren verme convertida en Toña, la pordiosera. Pero, no. Hasta que no se quede el palo ese, coño, sin una hoja, seguiré tomando té y cuando se le acaben las hojas, arrancaré la yerba del pasto y me la comeré y cuando ya no haya más yerba, buscaré otras hojas para hacer más té. Té, té té y té. Té frío. Té amargo. Todos los días té. Y té beberé y té le daré a la infernal vieja esa que me quitó el pan de la boca porque Dionisio me lo había dado. Esa vieja tarantulosa que se revuelca en esa cama con la fiebre de sus cochinas pidiendo té y más té, píldoras y más píldoras, sobos y más sobos, agua y más agua, alcanfor y más alcanfor, sebo blando y más sebo blando, sangre y más sangre, pero que coño, no pide perdón.

(Cruzando a la mesa a descansar la lata y siguiendo hasta el centro.)

Y yo estoy dispuesta a perdonarla, sí, porque me lo manda Dios, pero me ciega el rencor, y entre sobo y sobo no se me cierran las manos para ahogarla y no me crecen las uñas para arrancarle esos ojos de monstruo que no debieran ver más luz.

(Como atacando a AUGUSTA y derribándola al piso.)

y sacudirla y oirla gritar pidiendo ayuda, y yo encima apretando, y riéndome y cobrándomelas porque me las debe. Que sí, que sí. Quiero oirla gritar. Alto, fuerte, más fuerte.

(Levantándose y apretándose las sienes.)

¡Qué fuerte!... Santo fuerte. Santo Dios. Santo Inmortal. Que Tú eres fuerte mi Dios y compasivo y ves el



rencor de mi alma y conoces mis pensamientos, ayúdame, Señor. Justo Juez. Dios de lo Altísimo. Gran Poder. Calma mis nervios, Divino Rey. Ayúdame a descansar de esa vieja víbora que se lo llevó todo, todo. El precioso collar de mi madre de perlas blancas de Ceilón. Todo. Que si préstamelo, Toña. Que si muchacha yo no me voy a quedar con él. Y préstamelo que préstamelo que préstamelo. Pero no se lo presté. "Hay cosas que no se prestan, Doña Augusta, por su carácter íntimo, por lo que significan para una." "Ay, muchacha, quédate con esa porquería que yo no la quiero pa na." Y dale que dale. Y dale que dale. Hasta que desapareció el collar. Y búscalos por aquí y búscalos por allá. "Qué raro, Doña Augusta que no encuentro mi collar." "De qué collar me estás hablando tú a mí, Toña?" La desvergonzada. "Pues el collar aquel de los domingos, el de perlas blancas que mi madre me dejó que no encuentro por ningún lado, Doña Augusta. Ese. De ese collar es que estoy hablando. Usted bien que lo sabe." "Pues sigue buscándolo, hija, porque a esta casa no ha entrado nadie. Si no fueras tan abandonada no se te perderían las cosas. Así que a mí me dejas tranquila, mijita y búscalos." "Eso es lo que estoy haciendo, Doña Augusta, buscándolo." "Cualquiera diría, Toña, que es el gran finísimo collar de perlas auténticas de la reina. No te preocupes tanto por esas cuentas viejas y sucias y ponte a atender mejor a tu marido que es lo que tienes que hacer."

(Empezando a cruzar a la mesa pero deteniéndose abajo-centro.)

Cuentas Viejas... Dijo la serpiente esa. ¡Cuentas viejas y sucias! La que es vieja y sucia es ella. Yo no vivo de ilusiones. Yo sé bien que son cuentas viejas, pero son verdaderas perlas del alma las cuentas viejas que se adhieren a un recuerdo.

(Sentándose. Bebiendo. Desagrado.. Cosiendo.)

Y de esa manera quiso robarse hasta mis recuerdos de niña. Y con eso y con atiende mejor a tu marido. Un marido a quien no le faltaba una camisa limpia, un hogar en orden, una hortaliza en flor, donde ahora no crecen más que hierbas. Un marido a quien no le faltaba el plato de sopa, hecho mitad con un milagro y mitad con mi imaginación. Un marido que nunca supo lo que era acariciar a una esposa tierna como yo. Una esposa pura que él arrancó de lo mejor de la sociedad de Ponce, como quien arranca una flor y que hoja a hoja la deshojó para luego enterrarla en este arrabal inmundo como quien entierra a Dios.

(Entran dos hombres por la izquierda con el cuerpo de DIONISIO que tiran en la puerta. Huyen por la derecha. Una luz tenue sobre el cadáver deja ver un puñal y sangre en la espalda.)



Un marido que si chiripeaba hoy se lo gastaba en pistrinche con la Lisa aquella y con las putas de La Cantera que le enfermaron el cuerpo y el alma. Y con unas mariquitas también que a una nunca le falta quien le venga con los chismes.

(Abandonando la costura por un momento.)

Y la vergüenza, Dios mío, cuando yo me tenía que presentar a la Unidad a recibir inyecciones de bismuto y salvarían delante de todo el mundo. Y el dolor cuando lo tiraron ahí aquella madrugada con un puñal clavado en la espalda y la última mirada de odio clavada en los ojos. Que lo perdone Dios, que se gastaron mis rodillas pidiéndole un milagro pues sólo un milagro habría de salvarlo.

(Levantándose y señalando hacia AUGUSTA.)

¡Y ella dice que atienda mejor a mi marido!

(Dando dos o tres pasos hacia la cortina.)

¡Ave de rapiña! Que con todas esas cosas te me atragantaste aquí de donde no sales.

(Arrodillándose. Se concentra la luz en ANTONIA mientras desaparece DIONISIO.)

¡Ay, madre mía que en el cielo yo sé que estás porque si alguien se merecía el cielo tú eras una, ayúdame! Ayúdame a sacar este rencor y perdonarla. Porque hay cosas que son fáciles de perdonar pero que cuando se van amontonando una encima de la otra se hacen tan pesadas que es difícil perdonarlas. ¡Y ahí está! Con el corazón y los pulmones fastidiosos, pero más fastidiada tiene el alma. Enferma por el odio y el rencor y el miedo. Porque cuando el que es sinvergüenza sabe que se está muriendo le entra el terror al infierno. Yo no le deseo el infierno a nadie, y por eso no niego que anoche, mientras se revolcaba en el camastro y estiraba los brazos para espantar los espectros de su mente, yo sentí compasión, y le pasé un paño seco por su frente húmeda, y le dije, "rece un Padrenuestro, Doña Augusta. Una Salve a la Virgen." Y como la atea esa no hacía caso, me puse a rezar por ella. Y la tormenta de su cabeza se calmó.

(Levantándose poco a poco.)

Dios mío, llévatela hoy... Aunque la que debiera estar muerta soy yo. ¡Para que se fastidie! ¡Para que no tenga quien la cuide! A ver si Guada o la gaga Haydée esa van a venir a pasarle pañitos por la frente.

(Riendo.)

Eso sí que me daría ganas de reír a mí.



(Imitando a CARMENCITA.)

"Doña Toña, mandó a decir mami que como sigue Doña Augusta." "Pues dile a tu mami, Carmencita, que la gran...señora está vivita todavía." "Pues bien, Doña Toña y que si la necesita que llame." Que llame.

(Riendo.)

¡Que llame!

(Riendo histéricamente.)

¡Que llame

(Despreciativamente.)

Que llame. ¿No me pasé llamándola toda la mañana? ¿Y ella? ¿Me contestó acaso? ¿Se dignó entrar por esa puerta? Mi amiga. Mi vecina de años.

(Cruzando a la ventana.)

La que se desvive por mí. ¡Guada! ¡Tú no eres más que una embustera! Tú no estás más que pendiente, coño, a arrancar la última hoja del palo de naranja cuando yo doy la espalda para que yo me muera de hambre porque estás en compinche con la vieja halcona esta y con el resto del vecindario para desangrarme gota a gota. ¡Asesina!

(Afuera protestan.)

¿No les gusta que se lo diga en la cara, anh? Cojan, cojan ahora. Todos ustedes son unos asesinos. Ahora se van a ir a coger de boba a otra. Mi amiga. ¿No viste la luz prendida en la casa toda la noche, Guada?

(Sacando los hombros por la ventana mientras los vecinos protestan.)

¿Qué te creías, que estábamos jugando lotería? Bah. Ahora sé yo. ¿Y anoche no tuvieron las velloneras hasta las tantas como todos los sábados? No chaven.

(Escupiendo. Encogiéndose de hombros. Cruzando a tomar de la lata. Desagrado. Campanas lejanas llaman a misa.)

¿Y no se fueron para la misa de aguinaldo sin preguntar siquiera? No, sí así son. Ese es el prójimo que uno tiene que amar por mandato divino. Prójimo es el palo ese de naranja que está detrás de la letrina que me calma el ruido de las tripas cuando tengo hambre. Ninguno de ustedes son prójimos. Ni siquiera la vieja cascarrabias esta. Yo maldigo el día, coño, que la trajeron a vivir con nosotros.



(Cosiendo.)

Y el mequetrefe de Dionisio abogando por ella.

(Mofándose.)

"Oye, Toña. Tenemos que dejarle un laito en el cuarto a mamá. Pa que te ayude. Mira a ver, Toña. Olvida lo pasado. Yo sé que adentro tú le caes bien a ella. Yo voy p'allá el sábado con su comprita y ella quiere la contesta. Se va a tener que venir p'acá, si no tiene donde irse. Somos la familia, Toña. La sangre.

(Bebiendo. No aguantando más. Tirando la lata contra la pared abajo-izquierda.)

No valieron mis protestas. Se apareció en esa puerta, con una caja de cartón en la mano, amarrá con una soga, meciéndola como un columpio y, con aquel desparpajo la tiró allí para que yo, su futura sirvienta y esclava, se la recogiera. Y ese fue mi error, el rebajarme. Y con aquella sonrisa sardónica, como cagándosele en la madre al mundo, preguntó, "¿dónde está mi cuarto?" ¡Esa! ¡La invasora! Yo era la esposa. Yo tenía todos mis derechos. Aquí no hay más que esta salita, donde dormía el nene, y el cuartito ese donde apenas cabíamos Dionisio y yo y de donde me botó después del funeral de Dionisio con la misma sonrisa, que usaba para hacerme hervir la sangre porque sabía que yo era religiosa y de mejor familia. Y le dije, "Doña Augusta, nosotros estamos pensando ponerla a usted aquí en la sala." Pero ella insistió, "yo voy a dormir en mi cuarto." Como no me iba a poner con bajezas la dejé entrar y que hiciera lo que le viniera en gana.

(Cruzando a enganchar el harapo, el hilo y la aguja en sus clavos y a recoger la lata que tiró.)

Dionisio lo encontró todo muy cómico con su risita de pendango que a mí me irritaba y empecé mi martirio y me entregué a mi Jesús. Primero le pusimos una colchoneta en el piso como a Tito y después se subió a la cama por las cucarachas y poco a poco se fue rodando y acomodando y empujando hasta que me tiró al piso. "Es que esta cama es tan chiquita, Toña", decía. Y en el piso me quedé. Sola. Porque Dionisio prefirió seguir durmiendo acurrucadito con su mami-mami que acostarse conmigo y tuve que añadir la abstinencia a mi expiación y cuando quise reclamar mi lugar, me dijeron que me quedara en el piso que era bueno para la espalda como si ese fuera mi problema. Poco a poco su lengua de pasta eléctrica empezó a envenenar el alma de todo el mundo. Que si yo me las pasaba en el vecindario. ¡Calumnias! Una mujer como yo, de mi casa a la iglesia, de la iglesia a mi casa. La que no salía del vecindario era ella detrás de matitas para sus despojos... Que yo no sabía limpiar. Si no hubiera sido por mí nos hubieran sepultado



sus porquerías... Que si mi café era aguao... ¡Coño, cómo no iba a ser aguao si tenía que exprimir las borras! Que si nada tenía sazón... Que agradezca que yo recogía lo que botaban de los puestos del mercado tapándome con un manto negro para que no me reconocieran los de La Alhambra. Y no la dejé morir de hambre. Y con el pobre muchacho... Tito que si esto, Tito que si lo otro. Títo que si eso de meterse a monaguillo es cosa de mariquitas. Y él que no necesitaba más amarguras, que se puso hostil conmigo porque yo insistía en una educación religiosa, se rebeló contra la magnacanalla, matusalena abuela esa que le dijo que no había nacido juez ni abogado que le quitara esta casa para dársela a él ni muriendo ella. El pobre muchacho que salía por las mañanas para la escuela sin un trago de café mientras el putanciero de su padre malgastaba en orgías las dos o tres fichas que aparecían. ¡Cómo no iba a aprender a robar!

(Señalando a AUGUSTA.)

¡Por su culpa! ¡Por su culpa! ¡Por su grandísima culpa! Yo hice todo lo que pude. Hablé con el Padre Carlos, con su padre, con la principal. No lo abandoné con los jueces. Siempre estuve dispuesta a comprometerme para que lo soltaran de aquella maldita correccional de Mayagüez.

(La cabeza baja, el cuerpo rígido.)

Pero no me creyeron y me echaron la culpa. Por la culpa que yo tuve, Señor, te pido perdón. Tú sabes que no dejé vela que no prendí, santo al que no le recé. Promesas que yo mandé. Hábitos que yo me puse. Consejos que yo le di. Pero un hogar sin padre y una sanguijuela como esa le destruyen el alma a cualquiera. Y según se la destruyó a mi hijo también se la destruyó a mi esposo. La supradirectora de sus magnaputerías.

(Abajo-centro.)

Son pocas las madres que fomentan el comercio carnal de sus hijos con mujeres que no valen la pena. Yo, en mi corta mente entiendo que una mujer cobre por esas correñas, pero que un hombre, en conjunción con su madre, las estén exprimiendo...

(Con rabia.)

¡Vieja puta!

(Cruzando amenazantemente a la cortina.)

¡No te lo grito más alto porque no quiero envenenar más tu alma cuando te falta tan poco! Que si pudiera arrancar las hojas que faltan en tu calendario, las arrancaba sin remordimiento. Que si pudiera darte ese último empujón al hoyo, lo haría con pasión. Que si no fuera tan zanana, coño, adelantaba el reloj de tus horas.



¡So chula! ¡So maipriola! ¡So cornúa! Que no me importa donde caigas en el otro mundo con tal que te vayas. No quiero ni saber donde cavan tu tumba. Y no estalla el segundo en que ángeles o demonios vengan a cargarte. A ver si me quedo sola y me sirven estas cuatro paredes de tumba. Que a eso apesta esta casa. A sucio viejo, a podrido y a muerte.

(Cerrando la ventana.)

Y es mejor que se quede así maloliente y oscura. No necesito la luz y el olfato se ha acostumbrado a esto. Quiero estar sola. La oscuridad y la tristeza serán mi compañía. Aumentaré los recuerdos... Mi pobre padre... Con sus manos mudas de caricias y su voz llena de regaños... Mi triste madre... callada en una esquina con su mirada dulce de mártir; el árbitro entre mi padre y yo, pero más entre ella misma y ella... y entre mis odiosos hermanos. Bueno, los hermanos son de la calle.

(Gritando.)

¡Maldita sea la calle!

(Protestas de afuera.)

¡Cállense ya y déjenme quieta, contra!

(Cruzando a la tablilla derecha por fósforos.)

Así maleduqué a mi hijo sin querer. Yo no quería la calle. "Háblale a Tito, Dionisio. Los hijos siempre escuchan a sus padres."

(Como DIONISIO.)

"Déjalo quieto. No lo mimes más. Que salga pa la calle. Sácalo de esa cosa en la iglesia. Que vista como macho. ¿Qué quieres? ¿Que nos salga maricón? Que se tire a la calle y aprenda a ser hombre." "Pero está en esa edad, Dionisio. Y esas amistades de Cuatro Calles. Prohíbese-las. Y deja que sea monaguillo, que le sirva a Dios." "No. Sácalo enseguida. Que salga con quien le salga. El macho es de la calle. El macho no es de la casa." Pero la sietecueros de la abuela, estiró su brazo puzoño-so y con aquella uña larga y bruja, señaló la calle.

(Descansando los fósforos en la mesa.)

¡Incitadora! Y tuve que callar. Una madre se da cuenta. Las quejas. Las malas compañías. Primero empezaron a desaparecer las cosas de la casa. Mi viejo abanico español del alma. Los líos con la policía. Las noches fuera. Y aquella noche.

(Un relámpago. Un trueno. Sonidos de lluvia y viento.)



Sagrado Corazón de Jesús, bórrame esa noche de mi memoria.

(Por la derecha, entra TITO mojado, corriendo, mirando hacia atrás. No puede abrir la puerta atascada de la letrina. Corre a la puerta de la casa. Toca fuertemente. Aúlla el viento. Tiembla la luz del quinqué.)

Llovía a torrentes. El viento se colaba entre las tablas y hacía temblar la luz del quinqué. Un presentimiento fatal se me sembró en el pecho. Y de repente, el fuerte golpear en la puerta

(Abriendo la puerta.)

Y su voz entrecortada llamando con urgencia, "ma-mi, ma-mi" y luego su presencia en el umbral.

(TITO entra. Tranca. Se detiene en el centro y mira a todos lados. Siguiéndolo con igual indecisión.)

Y el terror se metió en esta casa. Y él, "escóndeme, mamá que me matan."

(TITO desaparece por la cortina y reaparece enseguida.)

Y yo desesperada buscando dónde y él temblando, empapado de miedo. de sudor y de agua.

(Entran dos hombres corriendo por la derecha, uno pistola en mano. Buscan por todos lados. Miran la casa. Miran la letrina. Cruzan de un salto a la letrina y abren la puerta con dificultad. Miran. Salen buscando por la izquierda.)

Y afuera aquellos pasos horribles, aquellos pasos de muerte y aquellas voces, "por aquí, por aquí, se metió por aquí", y yo adentro rezando. ¡Y en un momento como ese Dionisio en las sínsoras! Y el escorpión de la vieja esa le dijo, "métete en la letrina, Tito

(Sale TITO. Cerrando con tranca.)

Y él en su desesperación se metió allí.

(Regresan los hombres. Uno dispara y TITO cae antes de llegar a la letrina. Los hombres huyen por la derecha.)

Y allí me lo dejaron.

(Entra DIONISIO borracho por la derecha, guitarra



en mano. Cruza hasta TITO. Se deshace quedadamente de la guitarra. En cuclillas arrulla a TITO. Focos en los personajes. El resto en penumbra.)

Y el otro llegó después. Con su eterno olor a puta y a pitorro. El que decía, "que se tire a la calle y aprenda a ser hombre. A ser hombre. ¿Dónde se creen que reside la hombría? En esta casa yo he sido la mujer y el hombre. A ser hombre. Y paró prácticamente en lo mismo.

(Desaparecen los hombres.)

Ya la sangre no sale de esta casa. Ni el alcoholado ni el creso arrancarán el olor a muerte de estas tablas. Y así muero yo también. Cuidando a esa vieja hiriente, a esa vieja cargante, a esa vieja maldita, a ese nacido, a ese tumor, a esa llaga.

(Campanas lejanas llaman a misa.)

¡Otro domingo sin misa!

(Encendiendo la vela.)

Sagrado Corazón de Jesús, quedarme sola quiero. Para que me limpies de toda esta maldad, de todo este odio, de todo este rencor que siempre siento. Quiero tirarme en una esquina de esas y no volver a levantarme jamás. Meditar. Hacer exámen de conciencia. Empezar mi contemplación, mi éxtasis, mi penitencia. Seguir mi expiación. Entregarme completamente a mi Señor.

(En voz alta.)

Confiteor Deo omnipotentis. Beatem Maria semper virgine, beatem Micaelo Arcangelum. Beatum sanctis Apostolis Petrum et Paulum...

(El radio de un vecino toca una guaracha.)

¡So!

(Abriendo la ventana.)

¡Tumben esa música que se me salen los sesos!

(Protestas de afuera. La guaracha persiste por algún tiempo.)

No me hacen caso. No me dejan rezar. Los ruidos de afuera. Los ruidos de adentro. Páralos, Señor. Mira que aumentan y me alejan de Ti. Y me hacen gritar. Y no quiero. ¡No!



(Apretándose las sienes se le escapa un grito prolongado.)

¡Ay!

(Se oye sonar una campanilla en el cuarto de AUGUSTA. Tapándose la boca para no gritar más. Silencio espeso. Se oyen campanillas por todos los lados del escenario. Luego se oyen campanas mayores y mayores y mayores. Campanas de iglesia. Campanas ensordecedoras por todo el teatro. Luego de campanas mayores a menores hasta que sólo quede la campanilla de AUGUSTA. La agitación emocional de ANTONIA varía proporcionalmente con la intensidad de las campanas.)

Ya voy, Doña Augusta, ya voy.

(Cruzando a la cortina y mirando.)

Ya, ya. Cállese, Doña Augusta cálmese. Un momentito en lo que voy al patio a buscarle más hojitas para té.

(Cruzando a abrir la puerta. Quinqué en mano sale al patio. Las luces bajan en la casa..)

¡Pobre vieja! ¡Cómo se aferra a la vida!

(Al pasar por la letrina.)

¡Cómo si fuera tan negra la muerte!

(Telón lento. Bajan las <sup>demás</sup> luces. Sólo queda la vela. Saliendo por la izquierda.)

¡Pobre vieja!

TELON

Fin del Primer Acto



## SEGUNDO ACTO

AUGUSTA debe ser interpretada por la misma actriz que interpretó a ANTONIA.

La acción toma lugar en el cuarto de AUGUSTA en el area que estaba la sala de ANTONIA, momentos antes de ANTONIA salir al patio..

Al subir el telón, se oye el coquí. La plataforma, la letrina, el árbol y el ciclorama están como antes. Abajo, en la pared derecha del cuarto está el otro lado de la cortina de saco. Arriba-derecha y en ángulo con la pared de fondo hay un palo cerca del techo del cual cuelgan algunos harapos sucios. En algún sitio de la pared derecha, un bolso con asas cuelga de un clavo. En la pared de fondo, centro-izquierda hay una ventana cerrada que al abrirse permite ver parte del arrabal. A la izquierda de la ventana hay tres clavos de los cuales cuelgan dos mantos descoloridos y una bolsita roja de tela dentro de la cual hay un espejito roto. En la pared izquierda hay una tablilla sin tapete que sostiene

un vaso medio lleno de agua frente a una imagen de Santa Bárbara que está clavada a la pared. Abajo-izquierda, pegada a la pared hay una mesa alta y estrecha que sirve de cocina. Abajo-centro-izquierda hay un banquito de madera. En el centro-derecha hay un viejo camastro cubierto por sábanas sucias en desorden y una almohada sucia, rota y sin funda. A la izquierda del camastro hay una mesita de noche, redonda. Cerca, en el piso, un par de chancletas viejas. En la cocina hay una caja de zapato con tapa, un anafre, una lata mohosa, dos cacerolas tiznadas y un bolso de papel que contiene un pedazo de pan duro. Debajo de la cocina hay una bolsa de papel que contiene una muñeca de trapo coja, y ñoca y descolorida. La pared de la cocina demuestra los efectos de un fuego. En algunas partes, las paredes parecen haber estado cubiertas por un empapelado improvisado de páginas de revistas y periódicos viejos con preferencia a figuras femeninas. De un clavo cuelga una guitarra vieja y de otro, un sombrero de paja. Debajo del camastro hay varias cajas de zapato con tapas, una escupidera sin cáscara en algunos sitios que contiene los orines de la noche anterior, y bolsas de papel con semillitas, hojitas, ramitas, colorete, polvo, mota, lápiz de labio, un potecito con loción y una botella con agua para tomar. En la mesita de noche hay una campanilla, otra latita para tomar, una botellita con medicina líquida, semillitas, una peinilla con pocos dientes, un peine de dientes finos para los piojos y una vela encendida, única luz de la habitación. Pobreza, negligencia, polvo. Pero queda algo de los colores de una atmósfera antes alegre.



Sentada en el camastro, la barbilla apollada en el mango de un viejo bastón de madera, los ojos clavados en el público, está AUGUSTA, de quizá ochenta años. Grñas blancas y sucias. Viste camisión de noche de color vivo, roto y se le notan las pantaletas rosadas de jersey que se le caen a cada rato por falta de elástico. En su físico se notan los efectos de una mala noche, ojeras, etc. A través de su debilidad se asoma frecuentemente una fortaleza anterior. Después de mirar fijamente al público por largo rato, retira la barbilla del mango del bastón y erguida, mira fijamente al público por otro rato como si creyera ser una emperatriz romana. Tose, luego enseña en su mano izquierda un frasquito de píldoras que destapa con un ademán florido y una a una echa tres píldoras por un roto haciendo un gesto obsceno hacia la cortina tras cada píldora que bota. Luego tira hacia arriba las demás píldoras que van a caer cerca del camastro. Con otro ademán florido tira el frasquito en la mesita y da tremendo bastonazo en el piso y descansando el bastón entre las rodillas se frota ruidosamente las manos para indicar que se acaba de librar de tremenda molestia.

AUGUSTA

Yo no le oí ni un carajo de lo que dijo, pero por si acaso,

(Remeneándose.)

no me quedo quieta en la cama na, coño.

(Levantándose con ayuda. Otro remeneo.)

Y me meneo to lo que me salga de las pantaletas.

(Cruzando a la cortina. Trompetilla para ANTONIA.)

Adiós, pero qué es lo que la cabrona Toña esta se cree? ¿Que me voy a dejar dominar por su mala sangre? ¿Por una simple calenturita boba ahí como si fuera la primera vez?

(Acercándose al público, centro.)

¡Pues no me voy a morir na que es lo que ella quiere! Pero le aseguro, contra, que aunque tenga el corazón y los pulmones reventaos la caja d'ella se la van a llevar primero que la mía. Ese entierro no me lo pierdo yo ni por na que tengo jurao que no me voy a mover del cementerio hasta que le hayan echao la última pala de tierra. Por mi nombre. Augusta Feliciano Prieto de Nadie. Ese apellido "de Nadie" me lo puse yo misma que soltera nací y más soltera voy a morir, que es verdá que tuve un hijo, pero que nunca me casé con nadie. Y si su espíritu quiere salirme después, pues que me salga que yo brego mejor con los espíritus que con los vivos. Que no me



dejo chavar de ningún mamao y : sí tengo que bregar con orín de sapo a la media noche pa ajustárselas a cualquiera, también lo hago. Que así me doy a respetar que hasta el alcalde Grillasca se toca el sombrero cuando yo paso.

( Sacando un pedazo de pan viejo de un bolso en la cocina. Probándolo y tirándolo con rabia contra la pared de la derecha.)

Pero esta maldita mujer no me deja tranquila. Dondequiera que me meto me la encuentro en el medio. Si yo cierrro un ojo enseguida viene con una vela a abrírmelo pa ver si estoy viva que de milagro no me ha caído espelma caliente en ellos, que como me he quedao sorda y no la oigo venir también quiere que me quede ciega. Ni mear tranquila puede una en la escupidera sin sentir los ojos d'ella clavaos en la espalda.

(Sentándose en el camastro. Descansando el bastón. Sacando de debajo de la cama una botella con agua que descansa en la mesita. Sacando la escupidera, examinando su contenido que le apesta y cruzando a abrir la ventana y botándolo. Se oyen las protestas de las aves domésticas del vecino y las de una pareja de borrachos. AUGUSTA reacciona con un "¡Ay vírgen!" y cierra un poco la ventana. Volviendo al camastro.)

Y no le cae un rayo y la parte en veintemil cantitos y los riega por toa La Joya que no haya mago en el mundo que los pueda juntar otra vez. Tengo que engatusarla con sus sobitos y la campanilla pa ganar tiempo en lo que sale el sol que es cuando la conchúa esa se acuesta y se mete en su caracol. Ella to lo hace de noche, la murciélagu esa. Cada vez que entra por esa puerta con su tecesito tengo que averiguármelas pa echarlo en la escupidera. Ni el agua le bebo, que no confío.

(Tomando de la botella. Guardándola.)

Yo tengo escondía esta botella de agua pa cuando me de sed. Quiere matarme y no se atreve, pero es un jueguito, mija, que nunca sé si es un sobo o un estrangulamiento lo que viene pa encima. Pero no voy a dejar que abuse de mí. Le doy esperanzas de que me estoy muriendo, le grito, le gimo, le lloro. Le viro los ojos que bizca me estoy quedando de tanto practicarlo de día, y le respiro hondo, y me agarro el pecho, y me agacho toa, y grito que da gusto oírme, que ni la Greta Garbo. Pa que se crea que me va a dar un ataque, que yo misma me felicito de lo bien que me queda. Y enseguida viene ella de lo más solícita con una cara de preocupá a empezar sus ya-ya-yás y sus cálmese-cálmese que ya me tienen hasta la coronilla y me dan unas ganas de levantarme ahí mismo, sacar fuerzas de las tripas, alzar el



maldito camastro como una Tarzana y caerle encima.

(Cruzando a la percha por un harapo que baja con el bastón y lo descansa en el camastro. Descansa también el bastón.)

Cada vez que pienso como maquinó pa quedarse con esta casa, me enciendo..

(Cruzando a la cocina a buscar en el bolso que tenía el pan y luego, bolso en mano, a buscar el pedazo de pan que tiró..)

No hay na. Na.

(Se oye pasar un auto veloz tocando bocina.)

Y no le dan una de esas loqueras como las que le daban a Vicente, el de Pascuala pa montarla en una ambulancia y llevarla al manicomio y dejarla interná allí, detrás de rejas sufriendo sin que la vaya a visitar nadie pa que aprenda.

(Cruzando a la cocina a devolver el bolso con el pan y destapando una caja de zapatos y mirando. Al no hayar alimento tira la tapa con rabia.)

Na, na. No hay na. Y que se muera lo más pronto posible que ese va a ser el día de mi victoria, el día de mi libertá. Y ese mismo día me esmandaré hasta la tumba del muchacho y allí bailaré la bomba y le gritaré bien duro pa que me oiga en el otro mundo sin mediums ni na, "Dionisio, hijo mío, baila tú también y descansa en paz que en el día de hoy tu madre, Augusta Feliciano Prieto, te ha vengado. ¡Qué viva Augusta! ¡Qué viva Augusta! ¡Qué viva Augusta! Pero ahí está. Dispuesta a agravarme la existencia. Cada vez que se pone el sol empieza la jodienda. Lo primero que hace es contar las benditas píldoras a ver cuantas me he tomao. ¿Qué carajo le importa a ella si yo me las tomo o las tiro por la ventana? ¿Y quién le dijo a ella que yo necesito tanto sobo y tanto sebo blando? A mí lo que me gusta es el alcoholado de malagueta, coño. Que me deje quieta y no me moleste más. La come-santos, besa-altares esta con tanto golpe de pecho, pero con un rencor cabrón que se le sale por los ojos esos de pepita de níspero que tiene. Un momento con Dios y los santos y el otro con el diablo

(Persignándose.)

Que por eso es que ya yo no creo ni en...

(Se oyen los gritos juguetones de una mujer que corre perseguida por un hombre que le grita palabras amorosas alternadas con insultos. AUGUSTA reacciona con "ya se alborotó el vecindario" Sentándose en el banquito.)



Cada vez que las dos salíamos a la calle juntas, por alguna obligación, los muchachos le gritaban, "vieja bruja, vieja bruja" y ella seguía mirando p'alante sin hacer caso, pará como una lanza, como si la cosa no fuera con ella, que tenía que salir yo al paso y espartarlos porque sino seguían con la jodienda aquella de "vieja bruja, vieja bruja." No se fuera a creer la gente que era a mí a la que le gritaban. Y ella se molestaba porque yo salía a defenderla.

(Mofándose.)

"No se ponga con esa gentuza, Doña Augusta que no vale la pena." Y que regañarme a mí. Bueno que me pase por cogerle pena. Si la hubiera echao a la calle el mismo día del entierro de Dionisio como lo había planeao no estaba sufriendo estos abusos ahora. Me empuja las pastillas hasta el ñame pa atragantarme. Cada sobo que me da a la çnona son golpetazos que tengo toa la espalda morá y como sabe que a mí me gusta salir me esconde y me pica la ropa que le tuve que pedir al amigo de Haydée que me trepara la percha allá arriba pa que no la alcance. Es que cada vez que voy a coger un traje de esa percha le encuentro un roto nuevo. Y como sabe que yo soy muy particular con lo mío se ha quedao con mis panties y mi zagalejo. Me esconde y me bota los materiales de mi trabajo y la loción y el colorete que por eso es que siempre estoy así tan mal presentá.

(Dejando el bastón en el banco y acercándose abajo-centro.)

Pero, ¿qué es lo que le he hecho yo a esta presumía mujer pa que se moleste tanto conmigo? ¿Qué culpa tengo yo de que mi hijo me haya traído a vivir con él? A mi propia casa, porque esta casa es mía, cada clavo y cada tabla. Pues yo me sentí en la obligación de venir a supervisar, pues la ignorante esta no sabía na de cuidar a un hombre. Un día los cartones que la cochina esa usaba pa abanicar el anafre, descuido tuvo que ser, cogieron fuego y por poco se nos quema la casa con to.

(Cruzando abajo-izquierda y señalando.)

Miren. Todavía se ve la mancha ahí.

( Se oye pasar una carreta. Reacción de AUGUSTA: "Tiene que ser domingo porque por ahí va Don Chano tempranito en su carreta a recoger su comía de cerdo. Hoy los cerdos comen mejor que la gente." Un ataque de tos la deja casi sin aliento. Llevándose las manos al pecho y cruzando a recoger las píldoras que tiró. Poniéndose una bajo la lengua y guárdando el resto en su frasquito.)

Había que estar vigilante. Vigilante pa defender la



propiedadá que hasta yo busqué clavos por to San Antón y se los guardaba en un cartuchito pa dárselos cuando viniera con mi comprita de los sábados... pa ayudar en la construcción. "Toma, mijo, estos clavitos que saqué de por ahí, guárdatelos bien que no te los vean." Y se los metía en el bolsillo y él siempre los cogía con aquella humildá. Se los daba así esconditos porque a Paca se le cayeron unas cuantas tablas de la letrina y no quería que se fuera a creer que fui yo la que arranqué los jodíos clavos. ¿Y qué carajo puso la lahilla esa en la construcción de esta casa? Y ahora quiere salir por dueña. ¡Que se lo vaya creyendo! Y fue un domingo a las diez de la mañana que la terminaron y Dionisio vino esmandao a buscarme y más esmandá iba yo detrás d'él, como nenita de juegos. Yo volaba. Salté los escalones, brinqué por el atajo del cañaveral, acepillé por las piedras del río que brillaban como diamantes aquel domingo, pasamos La Pujals, y por fin llegamos a La Joya, y allí, como una piedra preciosa entre cascones, como el templo de un dios chiquito, lindísima y sin pintar, estaba la casa. Oh, todavía recuerdo la dicha que sentí y besé a Dionisio, y abracé a Aníbal y brinqué p'arriba y p'abajo como una muchacha de escuela en un fildei, y no me pude contener y empecé a gritar, "Rosin Dasin, Rosin Dasin zim bum bá. La casa, la casa, ra, ra, ra!"

(AUGUSTA brinca como animadora de juegos.  
La detiene un ataque  
de tos con dolor en el pecho.)

Y le eché un santiguo y invoqué mis espíritus y me alegré tanto. "Ay, Dionisio, ¡qué buen hijo tú eres!, le dije, porque yo sabía que la había hecho con mi nombre en la mente. "No la pintes na, deja que se vean las tablas así relucientes." Y él y Aníbal se pusieron a vivir en ella. Dionisio fue el que más se fajó en la construcción, como Aníbal era tan débil, y aunque las tablas eran de Aníbal yo se lo advertía, "ten cuidao que después que esa casa está terminá no se vaya a quedar Aníbal con la mejor parte. Así que agúzate." Pero no fue así. Tan bueno Aníbal. Decían que era así medio-medio porque el muchacho era fino y de buen corazón y tenía muchísimas atenciones pa con su mai.

(Aparece ANIBAL vestido de marino en la plataforma, tratando de convencer a DIONISIO de algo. DIONISIO resiste.)

¡Pobre Aníbal! Cuando Marcola se murió de tibi le dio con meterse a marino y con la situación mundial como estaba trató de convencerme a Dionisio de que se fuera con él. Como eran tan amigos. Inseparables. Yo nunca había visto unos amigos que se apreciaran tanto. Pues Dionisio ya estaba en eso de que si se iba o no que me tuve que poner a llamar a mis espíritus en plena luz del día pues se trataba de una emergencia.



(ANIBAL sale caminando lenta y pensativamente por la izquierda. DIONISIO se sienta en el banco mirando muy tristemente y conmovido al piso. Luego se levanta y corre tras ANIBAL pero se detiene y regresa al banco. Se sienta mirando hacia afuera-derecha. Las luces en la plataforma se concentran en DIONISIO. Las luces en el cuarto se concentran en AUGUSTA mientras se sienta en su banco.)

Y Aníbal se fue solo pal neivi? Dionisio se quedó y la casita pasó a ser completa de nosotros que Aníbal se la dejó a mi hijo y ahora es mía, mía, mía.

(Llevándose las manos al corazón en señal de dolor.)

¡Y de nadie más! Después que Aníbal se hizo marino, Dionisio se puso triste por un tiempo, pero poco a poco empezó a dar serenatas de nuevo y a corretear y a buscar a Lisa que era mi favorita.

(DIONISIO desaparece. Poco a poco suben las luces en el cuarto de AUGUSTA.)

Y así fue que conoció, por allá, por la calle Guadalupe al alacrán venenoso ese que se pasea por ahí vestía de negro como si fuera la mismísima hija de Satanás.

(Persignándose.)

En aquellos días yo estaba pensando en venirme a vivir p'acá con el muchacho, pero por no dejar sola a Paca que me había recogido cuando yo me vi en mala situación y que ahora me necesitaba, me quedé en San Antón. Y pa na, porque Paca siempre fue a tener al asilo de la Méndez Vigo y las cogió conmigo y antes de que me fuera a botar me largué, que yo no resisto que me boten de ningún lao. Y fue entonces que me dije pa mí misma, "Augusta, yo creo miya que ya te llegó el tiempo del reclamo. Así que recoge tus cositas, crúzate el río Portugués y en marcha, que tu tienes una casita muy tuya en La Joya del Castillo y no es justo que vivas a la intemperie que el mucho sol y el mucho sereno lo que dan es arrugas." Y sin más ni más me fui al colmado de Don Rafa, le pedí una caja vacía y una sogá y allí metí lo que tenía. Y me eché un manto por encima y sin decirle adiós a nadie crucé el río que no estaba crecío y sin mirar p'atrás salí de San Antón y vine a tener aquí, a La Joya del Castillo en plena calle Sol. Determiná. De que aquí me iba a quedar yo, sin importarme lo que dijera la cara de pandereta esa. ¡Si hubieran visto la cara que puso cuando yo me presenté en esa puerta!

(Riendo con ganas.)



Pero yo me decía:

"Soy Augusta de Machuelos,  
la que hace sus trabajos  
y si no te gusta, hija  
puedes irte p'al carajo."

Que ella no es la única que sabe componer versos.

(Tosiendo.)

Y tomé posesión. Una vez el Tito se puso fresco y se atrevió a decir algo de ir donde un abogado y sobre los derechos de los hijos y de las esposas. Dionisio se echó a reír, pero a mí no me hizo ni chispa de gracia la cosa y me les quedé mirando así, fijamente, como yo miro, y se los espepité bien claro, pa que no hubiera enredos de ninguna clase, que abogados o no abogados, jueces o no jueces, escrituras o no escrituras, cárcel o no cárcel, Dionisio había construido esta casa pa mí, y por lo tanto era mía, coño. Y me dieron ganas de seguir hablando que cuando yo digo montarme en tribuna ni Muñoz Marín me para, pero decidí mejor quedarmeles mirando a ver quien era el primero que chistaba pa tragármelo vivo allí mismo, pero la gangrenosa Toña esta no me dió chance. Rápido mandó al muchacho pa la calle y le hizo señas a Dionisio que chitón. Yo lo vi to. A mí no se me pasa na. Me eëtaba haciendo la pen-deja. Y como no le tengo miedo a nadie, y soy muy abierta pa mis cosas, estoy muy, pero que muy dispuesta a admitir que desde aquel día, el Tito tuvo que andar más espabilao conmigo, porque a mí no me importa quien sea, grande o chiquito, nieto o yerna, el que se pone en contra mía, se jodió. Cruz y raya.

(Bastonazo.)

Y lo mismo se lo advertí a la loca esta que no estará de ataques como Vicente, pero de que está loca está loca. Ese asunto que tiene con la luz. No puede haber bombillas. To tiene que estar cerrado. Hasta Pascuala y Vicente que son más pobres tienen electricidá. Total pa chavarme a mí porque ella sabe que a mí me gusta la claridá hasta en las sesiones. Pa verme rabiando. Pa que se me suba la bilis al corazón y me joda ahí mismo. Otra cosa. En esta casa no se consigue un espejo ni pa un remedio, más que uno chiquito que encontré mal puesto en el Cinco y Diez de Gándara y que me traje escondido en el brasiel expuesta a cortarme una teta y que lo tengo escondido en la bolsita colorá de los bolos de la lotería.

(Se oye la voz de un niño que pregona: "El Mundo! ¡Con los muñequitos, El Mundo!")

¡Ay santo Dios que me coge el día y yo sin maquillarme todavía.

(AUGUSTA no deja de hablar mientras se maqui-



lla. Tararea. Canta. Está muy activa. Empieza por traer el banquito cerca de la mesita de noche y sigue sacando el espejito y recostándolo de la botella de medicina. Luego deja caer las pantaletas que se quedan donde caen por el resto del acto y se quita el camisón. Es todo hueso y pellejo. Tirando el camisón en el camastro y vistiéndose rápidamente con el traje haraposo que bajara de la percha. Saca y guarda utilería.)

Ahora a arreglarme un poco estas greñas que no hay plata pa la biutichan y ponerme colorete que quiero estar bien pichongueta que es domingo y hoy Doña Augusta va a salir que va más de una semana que no sale, aunque sea por encima de la espantapájaros esa a ver si me va a venir con el sonsonete ese de adonde-se-cree-que-va-usté-Doña-Augusta. Hoy se le va a acabar to ese abuso. La voy a dominar de tal forma que se va a quedar así, boquiabierta y se va a caer de nalgas ahí mismo cuando la dislumbre con mi belleza. Me le voy a aparecer así

(De pie y ondulando un brazo.)

como la emperatriz de las huestes, jóven y bella, cosa que ella nunca fue y me haré la que no noto su cara verde de envidia y le pasaré imperialmente por el lao. así, como si llevara tacos altos y no le haré caso al furor de celos en sus ojos.

(Como ANTONIA.)

"Pero, Doña Augusta..." Y yo: "Sálgase del medio, Antonia que voy de salida y me esperan mis amigas." ¡Qué gustazo me voy a dar! La carcelera esa que se cree que una mujer de mi edad no tiene derecho a la vida y a maquillarse. Pues hoy pa que se joda me voy a pintar hasta un lunar en el cachete que me siento como la Lana Turner. Pa que vea.

(Sentada en su banco se maquilla con rapidez, usando de todo y resultando en un emplegoste. Se pasa el peine de los piojos y logra matar unos cuantos.)

¡Si tuviera cejas y pestañas postizas! Lo único que no voy a usar es petrolatum y si tuviera tiempo me hacía papelillos. Un peñaíto así, a la francesa, como pa la portada del Para Tí Y después una flor en el pelo pa hacer mi recorrido, toa muy coqueta pa que Maruca me eche flores, el viejo verde ese. ¡Cómo me gusta el coqueteo! ¡qué titera soy! Y a llevarme a Carmencita conmigo, después que salga de misa que Guada es muy estricta en eso. Después pa ese Hospital Tricoche a ver si el practicante de turno me cambia las pildoritas por unas más grandes aunque yo sé que lo que necesito es un chichín de agu'esoda de La Farmacia Royal pa calmar los intestinos



(Cruzando a laventana y tendiendo el manto que se va a poner. Se oye el cacareo de gallinas alborotadas y una mujer que grita: "Lorenza, que te roban los pollos!" Se oyen pasos corriendo y una voz de hombre: "¡Qué jodienda! Reacción de AUGUSTA: "A to el mundo le gusta el pollo." Oliendo el manto que se va a poner.)

¡Fo! Hay que aerearlo un poco que hace tiempo que no me lo pongo. Pero no apesta tanto como las manos de la cucaracha Toña esa.

(Bajándose rápidamente como gato que ha visto un ratón y agarrando una chancleta y persiguiendo una cucaracha que se le escapa. Primero a gatas y luego acostada en el piso, con los brazos estirados tratando de alcanzarla a chancletazos.)

Hablando de cucarachas, mi...ra u..na a..hí

(Chancletazo.)

¡No te me vas a ir!

(Chancletazo.)

¡Muerte a la Toña!

(Chancletazo.)

¡Muerte a la Toña!

(Acostada, los brazos estirados.)

¡Muerte a la Toña!

(Un último esfuerzo.)

Mueeeerteeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!

(Mirando la chancleta como premio de consolación.)

Se me fue la jodía cucaracha.

(Buscando en una bolsa de papel que ve.)

¿Y esto qué es? ¡Ay bendito!

(Enseñando la muñeca de trapo.)

La muñeca de trapo que me encontré en el Parque L'Abolición que le estoy guardando a Carmencita pa Reyes.

(Guardándola. Levantándose y poniéndose las



chanclas y sacudiéndose el traje.)

¡Ay madre! ¡Me ensucié toa! Me tenía que dejar llevar por la pasión. ¿Y ahora? Cuando la cara de múcaro esta me vea me va a poner más resistencia. ¡Ciégala, Santa Bárbara, ciégala!

(Mirándose en el espejito antes de guardarlo.)

¡Tan guapa que yo era antes! Cuando conocí al pai de Dionisio. ¡Qué hombre pa menearle los bolos a una! No hizo más que mirarme y me derretí toa y me atreví a hacer cosas con él que no había hecho con nadie. Saí preñá y nadie supo de quien fue por más que trataron de sacármelo. Me botaron de casa y la abuela de Paca me recogió y lo parí en San Antón sin un grito y cuando el muchacho nació, Narcisa, la comadrona, que había venío porque estaba loca por ver a quien se parecía me preguntó el nombre que le iba a poner y yo le puse Dionisio porque era hijo de un dios. Y se quejaba de que no conoció a su pai.. "usté vino de París", le decía yo, "¿no ve la cara esa de francés que tiene?" El pobre. Pero la verdá es que yo era bien guapa. Más guapa que esa voluntariosa que no sé qué fue lo que Dionisio vio en ella. Lisa era más bonita que la putifoqui Toña esta que le hizo la vida imposible al pobre muchacho

(Mofándose.)

"Dionisio, no me gusta que estés chiripeando en los muelles; podrías buscarte algo mejor en una oficina."

(Devolviendo el banco abajo-izquierda.)

¡Mi qué jodienda! Al muchacho le gustaba el aire libre, así lo crié yo. A correr por el pasto con los güebos al aire desde chiquito.

(Sentándose en el banco.)

Pa que se criara fuerte, macho. Pa que se convirtiera en dios griego como su padre. No me gusta el hombre de su casa. El hombre es de la calle. La que es de la casa es la mujer. Menos la rasca-curas esta que quería estar dándole a la pata to el tiempo... Que si me voy pa la misa de aguinaldo... ¡Qué misa de aguinaldo ni qué misa cantada! ¿Qué mujer con dos deos de frente se le va a salir del lao al marío en ese friito de navidá cuando él está empezando a calentar los motores? No me venga. El primer deber de toa mujer casá es estar caliente pa cuando el marío la desee. Si es fría que no se case, coño, o que se meta a un convento... Que si hoy llega la Madre Andrea... Pues coño que llegue... Que si hoy se va el Padre Jodienda... Pues carajo que se vaya. Tanta golpechería



(Golpeándose el pecho hasta toser.)

tiene su límite. La verdá es que la chilla esta no sentía na por mi hijo y cogía la iglesia de parapeto pa estar en la calle. ¿Y qué me dicen de eso de irse sola de noche por la calle Atocha y que pa ver las vitrinas?

(Riendo con malicia.)

¡A mí me vino con eso! A mí, que me especializo en putería. No joda. Si quería tanto la vida de la calle se debió haber buscao a otro hombre y haber dejao tranquilo a mí Dionisio y no haberse puesto a sonar tanto pito

(Metiéndose dos dedos en la boca y pitando. Imitando a una prostituta en el proceso de invitar a un hombre.)

ni a ponerse con tanto vente-conmigo y con to ese rodar de ojos y remeneo de nalgas pa arrastrarlo debajo de ese maldito puente de La Milagrosa, en la calle Guadalupe pa ejercitarse en toas las pocavergüenzas que ella sabía hacer pa salir preñá y venir a reclamar después.

(Acercándose más al público.)

Yo salí preñá de un hombre casao porque quise y nunca le vine con reclamos. Pero esa,

(Señalando a ANTONIA con brazo y dedo.)

como oyó que el muchacho tenía una casa, que la estaba viviendo solo, que era soltero y guapo, porque Dionisio era bien guapo, que era un artista, pues ensegüa tuvo que menear el rabito pa reclamar.

(Casi metiéndose dentro del público.)

Miren, esa es más puta que las que yo conocí en San Antón. Aquellas cobraban tres pesos por un ratito, por necesidá. Sí, por necesidá. Las que lo hacen por gusto no cobran y las que lo hacen pa volverse ricas no viven en Ponce. No me diga usté a mí que una muchacha se va a meter a un bar de mala muerte a buscar buena vida. Eso no tiene sentío. Y que va a aguantarle un chorro de porquerías a un degenerao por unos tres míseros pesos que quiere pa calmarle el hambre a un ser querío. Pues sí, señor, es por necesidá. Pero ésta no. La cara de tocino esta le cobró una casa y la vida entera que si las putas estuvieran unionás la metían presa por estar cobrando demás. Y esas infulas de que es de mejor familia. Mejor familia, éste.

(Haciendo un gesto obsceno. Estornudando y limpiándose con el traje.)



Su mai, Doña Mercedes, no se metía con nadie. Al pai yo no lo conocí, pero decían que era un hombre muy rec-to, que crió esos hijos con mano de hierro y que le aplicaba el trígemino a cualquiera. Pero los hijos, no. Qu el que va a salir torció, sale virao como quiera. Que esos hermanos de la collera Toña esta salieron unos bandidos, ladrones y asaltadores que acabaron con la vida de aquella pobre mujer. Y esta moscamuerta ahí,

(Agitando el bastón hacia ANTONIA.)

<sup>t</sup>  
Tan santita y tan libre de mancha, seapestillaba con cuanto monaguillo había en La Mercé que hasta detrás de La Ceiba la vieron muchas veces. ¿Qué no se sabe aquí en Ponce?..

(Estornudando y limpiándose con la cortina.)

Y que estudió con las madres del Sagrado Corazón.

(Riendo y cruzando al centro.)

¡Mierda! Catecismo los domingos. A ella sí la apuntaron en El Sagrado, pero con las niñas pobres, que eso era un colegio aparte, y a pesar de lo espabilá que era, la valedictory, y que escribía poesiitas y novelitas, las madres la botaron por estar detrás de los riquitos del Colegio de Varones que se la llevaban a pasear en yola pa Caj'e Muertos.

(Riendo más. Acercándose abajo-centro.)

Miren, aunque me lo jure, a la cara de butifarra esa se lo habían volao cuando se enredó con el hijo mío. Pero a pesar de que la botaron, ella seguía metiéndose los domingos en el Sagrado con la excusa del catecismo y las madres le cogieron pena y cuando se murió Doña Mercedes la cogieron de sacristana. El Padre Carlos tuvo que jurarle a las madrecitas que los blúmers de esta se habían enfríao un poco. ¿Yo les dije sacristana? Sacristana, mierda. Sirvienta. Sin cobrar un chavo. Na más que por la comía que le daban y por eso le pidió al Padre Carlos que trabajaba en El Obispado que le consiguiera un trabajito allí. Siempre tirando pa lo alto. Y él le consiguió un trabajo de niñera en La Alhambra y ya ustedes saben.

(Riendo irónicamente.)

¡Y que de la sociedadá! Con sus collaritos de cuentas viejas.

(Riendo más.)

Su majestá, la belleza Antonia Primera, gran reina de las musarañas.



(Riendo a carcajadas.)

Todavía me acuerdo de aquellas cuentas viejas...Jum.

(Agitando un puño hacia ANTONIA. Gritando.)

¡Cuentas viejas son las que yo tengo que ajustar con ella!

(Una vecina protesta mandando a callar. Molesta por la interrupción, AUGUSTA se vuelve hacia la ventana y con autoridad imperial manda a callar.)

¡So!

(Le hacen caso enseguida.)

¿Pero qué es lo que la trompa larga Toña esta se cree? ¿Que yo me mamo el deo? Y sabe Dios que mentiras le contó a Dionisio pa que él se la trajera a vivír con él. ¡Esa es una de las cuentas que tenemos que ajustar! Y el maricón del cura ese, perdónenme, pero es que me jierve, dijo que aquello de vivir en pecado había que arreglarlo y antes de que el muchacho se diera cuenta me lo bautizaron y me lo casaron al mismo tiempo. ¡Otra cuenta que me debe! ¿Por qué no se buscó un hombre de su edad?

(Bastonazo.)

¡Yo lo quería soltero! Que viviera con las mujeres que le viniera en gana, pero soltero. Que no se amarrara con ninguna ladrona que quisiera venir a vivir de él y a robarle lo que consiguió con tanto trabajo. ¡Otra cuenta!

(Cruzando abajo-derecha, gruñendo, como si atacara seres invisibles con el bastón. Llevándose las manos al pecho en señal de dolor.)

¡Ay, lo que me dijo el practicante!

(Cruzando a la mesita y haciéndole señas al público de que ya pronto seguirá contando. Una pildorita ayuda. Respirando fuertemente y sentándose en el camastro.)

Voy a calmarme por obligación porque no voy a dejar que me dé un ataque al corazón y darle el gusto de morirme antes que ella. No, señor.... A Dionisio la mujer que le convenía era Lisa.

(Más calmada. Sonriendo de lado a lado)

Lisa era trigueñita, pero una trigueñita, miren

(Besándose los dedos.)



chulería. Lo único que quería era hacer feliz a mi hijo. Hasta que apareció esa. La archiputa de Ponce. En el puente de La Milagrosa.

(Levantándose y cruzando lentamente abajo-centro.)

Miren, cuando la guerra empezó, yo le pedía a Dios que vinieran los alemanes y volaran el jodido puente ese de La Milagrosa. Yo nunca voy por allí. Le he cogido un odio al sitio ese. Es que hay mujeres malas en el mundo, pero la que le roba un hijo a una madre, en la forma que se lo robó ésta, esa es la mujer más mala del mundo y en vez de Mujer de la Vida la debieran llamar Mujer de la Muerte.

(Cruzando abajo-izquierda tosiendo fuertemente.)

Cuando Dionisio me lo dijo, yo que nunca le había puesto un deo encima, me dieron unas ganas de jartarlo a galletazos que mejor hubiera sido que se hubiera ido con Aníbal pal neivi. ¡Es que me pongo frenética!

(Tosiendo y llevándose las manos al pecho.)

Este maldito catarro quiere acabar conmigo.

(Sentándose en el banco.)

Nunca me había dao tan fuerte. Yo seguía insistiendo en meterle a Lisa por los ojos, pero la impertinente esta le prohibió que me viniera a ver a San Antón y dejó de traerme mis compritas. ¡Otra cuenta! Y la pobre Lisa, "Doña Augusta, si Dioni viene el sábado," e-lla le decía Dioni, ¡tan cariñosa!, "dígame que pase por casa que tengo que decirle algo." Pero a Dionisio no le gustaba pasar por cas'e Lisa porque el pai d'ella era un negro con un genio de demonios.

(Persignándose.)

Y Dionisio me decía, "ay, mami, Lisa es buena y to, pero ella lo que quiere es que yo me vaya a vivir con ella pa cas'e una prima en La Perla y yo no quiero irme pa San Juan. Yo tengo a mis amigos por acá y allá yo no conozco a nadie y además Toña se está pariendo y yo creo que va a ser un varón que es toa mi ilusión." ¡Pobre muchacho! Lo agarró Radamés, el detective, vendiendo bolita ahí abajito frente al parque de pelota. Bueno y que ahí. Frente a la misma corte.

(Meneando la cabeza en gesto de desaprobación.)

Por más que una les enseña. Y no eran ni de él los billetes. Pues en esos días se parió la imprudente Toña esa, y por él, acá vine a tener yo.

(Tosiendo.)



tan contento. Bendito. Y el chiquitín se hizo lo más amiguito y alcagüete conmigo, pero la mai tenía un celo que me lo quitaba de los brazos.

(Como ANTONIA.)

"Doña Augusta, por favor no me le enseñe esas palabrotas al nene" o "no, Doña Augusta, no. No se lo puede llevar pa ningún parque". Y yo, su propia abuela, no lo podía sacar sin robármelo. ¿Otra cuenta? Y lo crió a su manera, pegao a su falda y yo loca que me lo dejaran pa tirarlo a la calle.

(Cruzando abajo-derecha. Tos. Dolor de pecho.)

Cuando me di cuenta de que lo llevaban por mal camino, hablé bien serio con Dionisio pa que le explicara claro a su mujer antes de que la cosa se saliera de control. Y así empezaron las peleas. A este sitio le decían el segundo frente. Dionisio peleando con la mujer, la mujer peleando con Dionisio. Dionisio peleando conmigo, la mujer peleando conmigo también. Yo era la única que no peleaba con nadie, pero hacía ver mi punto de vista lo mejor que podía porque callá completa no me iba a quedar. Pero la jabalía Toña esta quería a Tito pa Dios y los curas. Otra cuenta. Y el pai y yo pa las mujeres y las serenatas. Menos mal que cogió la calle a tiempo y empezó a ver la vida como debía verla y que se arregló a tiempo y murió como un hombre. Eso acabó al pai y a la mai ni se diga y Dionisio que se había rajao del trabajo empezó las bebelatas pa olvidar. Yo no lo culpo. La culpable de to fue la mequetrefe conchúa esa. Ella tuvo la culpa de la muerte de su hijo, otra cuenta, y la de su marío, otra cuenta, y aunque se muera antes que yo, le echaré la culpa de mi muerte también

(Riendo entre dientes, luego seriamente.)

¡Qué cuenta!

(Tosiendo.)

Cuando Dionisio se fue de aquí ya Lisa se había ido pa Niu Yol y él se juntó con una gente rara del kilómetro ocho y hasta se juntó con unas mariquitas, dicen, la gente exagera muchísimo. Como Dionisio era artista y esa gente anda metía en el arte... Pues por toas esas cosas, y ahí en la esquina, unos tipos de la Cantera que todavía están presos... a lo mejor fue por celos o sabe Dios por qué, ni me interesa saberlo, me lo mataron...

(Se oyen las campanas de una iglesia lejana, luego tremendo silencio. Callará el coquí.)



Poco a poco a ido amaneciendo. Absorta en sus pensamientos, AUGUSTA cruza el camastro por el bolso y el manto. Tosiendo. Sintiendo fuerte dolor de pecho. Las pildoritas ayudan. Como fortaleciéndose con los primeros rayos del sol.)

Y ahora tempranito, con los primeros rayos del sol, cuando la cabra esta se tire en su nño, saldré a la calle. Cosa que ella no hace. Pero yo no le tengo miedo al sol. Puedo muy tranquila mirar a la mañana en la cara. Mi conciencia está limpia y mis cuentas están claras. Puedo caminar en el sol. El sol me da fuerzas, el sol me alimenta, el sol me da vida. Y por eso no quiero irme de esta calle Sol donde vine yo un día a ajustar unas cuentas viejas con alguien. Unas cuentas que todavía no he podido cobrar. Y si pa cobrármelas hay que esperar mil años, mil años voy a esperar. Aquí esperaré con calma a que ella se muera. Tengo que verla muerta, a esa mujer que se quedó con mi hijo, que se quedó con mi nieto, que se quedó con mi casa. A esa ladrona, a esa mala madre, a esa mala esposa, a esa estafadora. A esa, a esa misma. Tengo que verla muerta. Y después que ella se muera... entonces... no antes... me moriré yo.

(Más sol. Violento ataque de tos. Tremendo dolor en el pecho. No ayuda la pildorita. Sacando la botella y tomando agua. Agitación. Ansiedad. Palidez. Asfixiándose. Más tos, más dolor. Se le caen las píldoras. Se riegan por el piso. No puede alcanzarlas. Desesperación. Pánico. Con voz muy débil.)

Toña, ayúdame. Dios mío, ayúdame.

(Haciendo un esfuerzo y logrando un tono más alto.)  
¡Perdóname!

(Muy débilmente.)

Toña...

(Logrando hacer sonar la campanilla una vez. Se le cae fuera de su alcance. Doblándose. Más agitación. Más palidez. Más sudor. Más debilidad. Es un ataque serio al corazón. Ha comenzado a bajar el telón y antes de llegar al piso, AUGUSTA dice muy débilmente:)

¡Toñaaaaaaaaaa!

(Pero ya es de día y es muy brillante el sol.)

TELON TOTAL

Fin del monólogo

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR  
 DE JULIO GONZALEZ  
 FACULTAD DE HUMANIDADES  
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
 RECINTO DE RIO PIEDRAS